

De habla y de fábula

Mujeres fabulosas que hablan

Rosa Fernández Hierro

Las fábulas son el reflejo de cómo el sexismo forma parte de nuestra vida cotidiana. La mujer ha realizado un largo camino, pero todavía le queda un buen trecho.

Pensando en la historia sobre mujeres que iba a contaros, me ha venido a la memoria un viejo cuento que, seguramente a modo de chiste, escuché en mi infancia y que aún a las dos palabras esenciales de este número de *Crisis*: “De habla y de fábula”. Más o menos decía así:

Le dice el marido a su mujer:

— ¡Santos Cielos! ¿Qué es esto? ¡No puedo más! ¡Voy a reventar! ¡Ay! ¡He puesto un huevo!

— ¿Un huevo?

— Sí, ahí lo tienes: aún está caliente. No lo digas a nadie: me llamarían gallina.

La mujer, ignorante en esta y otras muchas cosas, lo creyó, y puso a todos los dioses por testigos de la solemne promesa que hizo de callarse; pero los juramentos se desvanecieron justamente con las tinieblas nocturnas. Apenas rayó el día, dejó el lecho la indiscreta esposa, y corrió a buscar a la vecina:

— ¡Ah, comadre! le dijo, ¡Si supieras lo que pasa! No me descubráis, porque lo pagaría yo: mi marido ha puesto un huevo tan grueso como el puño. ¡Por Dios, guardad bien el secreto!

— ¿Os burláis? Contestó la comadre: no sabéis quién soy yo. Iros descansada.

Y volvió satisfecha a su casa la habladora.

Ardía la otra en deseos de esparcir la novedad, y en seguida corrió a contarla de casa en casa; pero en lugar de un huevo, dijo tres. Y no quedaron en tres, porque otra comadre, habló de cuatro, refiriéndose al caso oído, pre-

caución excusada, porque ya no era un secreto para nadie. Y gracias a la pública voz y fama, fue creciendo el número de los huevos, y antes de acabar el día, eran ya más de ciento.

La fábula que precede habla por sí misma y su moraleja resulta evidente: las mujeres somos unas descerebradas y para colmo cuando hablamos es para dar la paliza o chismorrear. No tenemos otros valores. Y no caigamos en la tentación de afirmar que esta imagen pertenece a un pasado trasnochado y poco vigente, pues en la actualidad la “vieja del visillo” nos sigue haciendo mucha gracia y me incluyo.

No soy experta en el tema literario y no quiero adentrarme en teorizar sobre el mensaje de nuestros cuentos infantiles, pero recuerdo que estaban repletos de madrastras, brujas y bellas durmientes; tampoco sobre las sesudas moralejas de las fábulas literarias, religiosas o mitológicas. Pero también sé que habitualmente, aunque no siempre, han transmitido una imagen de la mujer negativa, con nula relevancia social y sin valores. Y creo que todos estaremos de acuerdo en afirmar que los cuentos y las fábulas no son inocuos y por muy divertidos e insustanciales que a simple vista puedan parecerlos, contribuyen a crear y a transmitir un determinado estereotipo sobre el sexo femenino.

Es una realidad que una parte de la sociedad continúa considerando a la mujer como un ser humano inferior al varón, carente de los de-

rechos mínimos de libertad, respeto y capacidad de decisión; y la vida cotidiana así lo pone de relieve en multitud de ocasiones. Pero a pesar de ello continuamos riéndonos y transmitiendo una determinada imagen de nuestro sexo incluso en los actos más triviales de la relación social. Pensemos, por ejemplo, en nuestras pequeñas fábulas hispanas, los chistes:

Una mujer pregunta:

— Maestro: no entiendo por qué si un hombre hace el amor con varias mujeres, tiene fama de campeón. Pero si una mujer hace el amor con varios hombres, inmediatamente tiene fama de puta. ¿No es injusto eso?

El Maestro le responde:

— Haz un esfuerzo y piensa: una llave que abre varias cerraduras, es una llave “maestra”, digna de aprecio. Pero si una cerradura puede ser abierta con varias llaves diferentes... es una puta mierda de cerradura.

Ja, ja..., qué gracia. Y todos decimos que estamos por la libertad sexual para hombres y mujeres.

Y otro que me contaron el otro día:

Un científico muy famoso decidió hacer un experimento, el cual consistía en abrir el cráneo de un hombre y el de una mujer, para encontrar diferencias y estudiar sus cerebros.

Primero tomó al hombre voluntario y le abrió la cabeza, encontró un enredo de cables, el científico decide cortar uno a ver qué sucede..., pero nada pasa. Corta el segundo cable y tampoco; corta el tercero y nada.

Entonces decide abrir el cráneo de la mujer, y se sorprende, pues solo encuentra un cable. El científico corta el cable, y se le caen las orejas.

También ja, ja...qué gracia. Y todos decimos que hombres y mujeres somos iguales.

Y digamos algo sobre el habla como ejercicio del lenguaje.

Mejor que teorizar os cuento algo que contemplé el fin de semana pasado. Mi hermana y yo andábamos paseando por la bonita playa de Altafulla, y junto a nosotras paseaba un padre con su hijo de siete u ocho años. Padre e hijo iban hablando y en un momento determinado el padre, en un tono poco afectivo y a modo de insulto, le espetó a su hijo: "¡Eres una 'nenaza!'". Supongamos que el origen del conflicto era que el niño no había querido trepar a un árbol. A la mañana siguiente estábamos tomando un "champú" (localismo que no significa otra cosa que cerveza con limón) frente al mar y una joven madre le contaba a otra pareja, en tono notablemente orgulloso que su hija era un "chicazo". Supongamos que la causa de la alegría materna era que su niña trepaba a los árboles.

“ Es una realidad que una parte de la sociedad continúa considerando a la mujer como un ser humano inferior al varón, carente de los derechos mínimos de libertad, respeto y capacidad de decisión. ”

Es muy posible que ambos progenitores de unos cuarenta años y de aspecto socio cultural elevado, intenten educar a sus hijos en valores de respeto e igualdad entre ambos sexos, al menos en estos términos es como se supone que estamos educando a nuestros hijos, pero no son conscientes de que su lenguaje verbal y no verbal frecuentemente delata su real percepción sobre hombres y mujeres y perpetúa la desigualdad entre uno y otro sexo.

En la historia de la humanidad han existido muchas mujeres que se han hecho escuchar, aunque hayan sido ignoradas hasta fechas recientes, también un feminismo histórico que luchó por el sufragio femenino y la educación, pero hemos tenido que esperar hasta la segunda mitad del siglo XX para que las mujeres hayamos podido hablar con voz propia y se haya superado aquel concepto sobre la mujer que tan bien expresaba Simone de Beauvoir: "Existen dos tipos de personas en el mundo, los seres humanos y las mujeres. Y cuando las mujeres tratan de comportarse como seres humanos se les acusa de intentar ser hombres".

“ Tenemos que interiorizar que en la lucha por la igualdad son necesarias las actitudes reivindicativas, las teorías, los estudios, las leyes adecuadas, etc. ”

Por ello, para las mujeres de mi generación el habla es mucho más que la posibilidad de comunicarse, es la capacidad de tener voz propia para reivindicar nuestros derechos y luchar por un mundo más justo e igualitario. Las mujeres hemos andado mucho camino pero queda mucho por andar y este trayecto hubiera sido imposible sin el impulso del movimiento feminista, sin las voces de todas esas fabulosas mujeres que hablan alto y claro.

Y en estas estoy, comentando durante la cena las reflexiones de este escrito, cuando mi hermana, siempre perspicaz, sensata y positiva, apunta que hay que reinventar las moralejas y las alegorías y trae a colación el estupendo trabajo de la escritora Siniti Namjoshi, que en sus fábulas feministas ofrece una perturbadora reelaboración de cuentos y mitos tradicionales, y me cuenta que ella cuando quiere hablar a sus alumnos de libertad suele traer a colación la bella historia que Siniti Namjoshi cuenta sobre la mujer pájaro.

Una vez hubo una niña a la que le salieron alas. Brotaron de sus hombros y al principio eran rudimentarias. Pero crecieron rápidamente, y en muy poco tiempo tuvo alas de una medida considerable. La gente del vecindario estaba horrorizada.

—Se las tenéis que cortar— les decían a su madre y a su padre.

— ¿Por qué?— preguntaban.

—Bueno, es evidente— alegaba la gente.

—No— dijo su madre, y sonó tan rotundo que al final se marcharon.

Pero unas semanas más tarde la gente regresó.

—Si no se las queréis cortar, al menos recortarlas.

— ¿Por qué?— quiso saber el padre.

—Bueno, al menos demuestra que estáis haciendo algo.

—No— contestaron ambos, y la gente se marchó.

Entonces aparecieron por tercera vez.

—Al menos en dos ocasiones nos habéis despachado— informaron a la madre y al padre—, pero pensad en esa niña. ¿Qué estáis haciendo con la pobrecita?

—Le estamos enseñando a volar.

Entre la primera fábula que refiero y la última hay mundos de distancia, que se corresponden con los cambios que la consideración social de nuestro sexo ha tenido y tiene en la actualidad, pero no nos confundamos porque aunque pueda parecer que escribo en cómodas zapatillas, puedo pisar con tacón de aguja y soy plenamente consciente de que hay que seguir avanzando en la lucha por la igualdad y que los retrocesos son posibles, por lo que hay que estar alerta.

Hombres y mujeres no podemos dejar pasar una y tenemos que interiorizar que en la lucha por la igualdad son necesarias las actitudes reivindicativas, las teorías, los estudios, las leyes adecuadas, pero también un comportamiento cotidiano y un lenguaje individual certero que excluya cualquier trato discriminatorio, en su más amplio sentido, que desvalorice a la mujer como sujeto de derechos y obligaciones.